

Me enfrento por primera vez a la obra de Mabel Benítez.
Es decir, acabo de conocerla.

Por tanto, aquí no hay amiguismo ni recomendaciones.
Hay sí, el deslumbramiento frente a una obra personalísima, cargada de contenidos plásticos y sugerentes.
El arte, ese misterio que multiplica la vida, precisamente por ello, debe producir asombro.
Y esto que debiera ser lo normal, es absolutamente raro en un mundo adocenado, superficial y reiterativo.

Plásticamente la autora maneja las formas con la misma libertad que el color y logra incluso, niveles poéticamente sutiles o visceralmente fuertes.
Allí las formas parecen generarse a sí mismas y transmutarse a través de la mirada del espectador, porque cuando uno mira estos trabajos, algo se modifica en nosotros.

Es acaso el paso del tiempo.
La consagración de la materia.
La violación del inconsciente.
La suma de los interrogantes.

Tal vez no se podría, (y no hay por qué hacerlo), calificarla dentro de esta u otra tendencia.
Porque todos sus trabajos llevan el sello indeleble de la belleza, de la originalidad y la profundidad.
En sus cuadros, hay algo que se esboza, algo que dramáticamente termina y algo que renace.
Así, puede verse el deterioro óseo a punto de incorporarse a un mundo paralelo o intentos de vuelo en formas aéreas.

En síntesis, el juego lírico y conmovedor de las luces y las sombras.
Acaso, de la vida y de la muerte.

Susana Esther Soba

Texto del Catálogo para la muestra en el Centro Cultural San Martín - CABA - 2001 -